

que no traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermón de rumbo en todo el contorno que no se me encargue, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de..., cuyo mayordomo me dijo que la limosna del sermón era un doblon de á ocho.

17. Apenas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impío en la boca de aquel pobre fraile, más lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduría: y compadecido de verle tan engañado, encendido de un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religion y del bien de las almas, en las cuales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro, para que ninguno los interrumpiese; tomó de la mano al predicador mayor, metiéndole en el estudio, hizole sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la orden, le habló de esta manera.

CAPÍTULO III.

DEL GRAVE Y DOCTO RAZONAMIENTO, QUE UN PADRE EX-PROVINCIAL DE LA ÓRDEN HIZO AL PREDICADOR MAYOR DE LA CASA DÓNDE ESTUDIABA LAS ARTES NUESTRO FRAY GERUNDIO.

« ATURDIDO estoy, padre Fray Blas, de lo que acabo de oírle, tanto, que aún ahora mismo estoy dudando si me engañan mis oídos, ó si sueño lo que oigo. Bien temía yo al oírle predicar, y al observar cuidadosamente todos sus movimientos, ántes del púlpito, en el púlpito y después del púlpito, que en sus sermones no se proponía otro fin, que el de la vanidad, el del aplauso y del interés; pero este temor no pasaba de ofrecimiento, y ni aún se atrevía á ser sospecha, porque no se fuese arrimando á juicio temerario. Mas ya veo por lo que acabo de oírle, que me propasé de piadoso.

2. « Con que el fin de un orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, captar aplausos, grangear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus conveniencias! A vista de esto, ya no me admiro de que el padre predicador se disponga para subir al púlpito, como se dispone un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy afeitado, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de lustre, la saya ple-

«gada, zapatos nuevos, ajustados y curiosos, pañuelo
 «de color sobresaliente, otro blanco, cumplido y de
 «tela muy delgada, ménos para limpiar el sudor que
 «para hacer ostentacion de lo que debiera correrse un
 «religioso, que profesa modestia, pobreza y humil-
 «dad. Un predicador apostólico, que subiese á la cá-
 «tedra del Espíritu Santo con el único fin de enamo-
 «rar á los oyentes de la virtud, y moverlos eficaz-
 «mente á un santo aborrecimiento del pecado, se
 «avergonzaria de esos afectados adornos, tan impro-
 «pios de su estado, como de su ministerio; pero,
 «quién sube á profanarla con fines tan indecentes, y,
 «aún estoy por decir, tan sacrílegos, ni puede ni de-
 «be usar otros medios. No quiero decir, que el des-
 «aliño cuidadoso sea loable en un predicador; solo
 «pretendo, que la afectada curiosidad en el vestido ó
 «en el traje, es la cosa más risible, y no hay hom-
 «bre de juicio que no tenga por loco al religioso que
 «pone más cuidado en componer el hábito, que en
 «componer el sermón, pareciéndote que el afeite de
 «la persona puede suplir la tosca grosería del papel.
 «En una palabra, padre mio, el que se adorna de esa
 «manera para predicar, bien dá á entender, que no
 «vá á ganar almas para Dios, sino á conquistar cora-
 «zones para sí. No sube á predicar, sino á galantear,
 «tiene más de orate, que de verdadero orador.

3. «El fin de este, sea sagrado, sea profano,
 «siempre debe ser convencer al entendimiento y mo-
 «ver á la voluntad, ya sea á abrazar alguna verdad de
 «la Religion, si el orador es sagrado, ya á tomar al-
 «guna determinacion honesta y justa, si fuere pro-
 «fano el orador. No habrá leído ni leerá jamás el

«padre predicador, que un orador profano, por pro-
 «fano que fuese, se hubiese jamás propuesto otro fin.
 «Este es el único, que se propusieron en sus oracio-
 «nes Demóstenes, Ciceron y Quintiliano, dirigiéndose
 «todas á algun fin honesto y laudable; unas á conser-
 «var á la república, otras á encender los ánimos
 «contra la tiranía, estas á defender á la inocencia,
 «aquellas á reprimir la injusticia, muchas á implo-
 «rar la misericordia, no pocas á excitar toda la se-
 «veridad de las leyes contra los atrevimientos de la
 «insolencia. Si se hubiera oido, que alguno de
 «aquellos famosos oradores no tenian otro fin en sus
 «declamaciones, que hacerse oír con gusto, captar
 «el aura popular, ostentar el aseo ó la magestad del
 «vestido, el aire de la persona, el garbo de las ac-
 «ciones, lo sonoro de la voz, lo bien sentido de los
 «afectos, la pomposa hojarasca de las palabras, y la
 «agudeza ó falsa brillantez de los pensamientos: si
 «se hubiera llegado á entender, que sus arengas no
 «se dirigian á otro fin que á solicitar aplausos, á
 «conquistar corazones y á ganar dinero, hubieran sido
 «el objeto de la risa, del desprecio y aún de la in-
 «dignacion de todos. Y si algunos concurriesen á oír-
 «los, no seria ciertamente para dejarse persuadir de
 «ellos, como de oradores, sino para divertirse con
 «ellos, como se divertian con los histriones, con los
 «pantomimos y con los charlatanes. Porque en su-
 «ma, mi padre predicador, el orador no es más que
 «un hombre dedicado por su ministerio á instruir á
 «los hombres, haciéndolos mejores de lo que son. Y
 «dígame, los hará mejores de lo que son, el que
 «desde que se presenta en el púlpito, se muestra tan

«dominado de las pasioncillas humanas, como el que
 «en todas sus acciones y movimientos está respiran-
 «do presuncion y vanidad? ¿Corregirá la profanidad de
 «los adornos y el desordenado artificio de los afeites
 «el que dentro de los términos á que puede exten-
 «derse su estado y su profesion, sube al púlpito de
 «gala? Enmendará los desórdenes de la codicia, el que
 «se sabe que hace tráfico de su ministerio, que pre-
 «dica por interés, y que revuelve al mundo, para que
 «le encarguen los sermones que más valen? Final-
 «mente; á quién persuadirá, que á solo Dios debe-
 «mos agradar, el que confiesa que en sus sermones
 «no tiene otro fin, que el agradar á los hombres.

4. «No me dirá el padre predicador, si los apóstoles se propusieron este bastardo fin en los sermones, con que doce hombres rústicos, groseros y desaliñados convirtieron á todo el mundo? Dirá, que Dios hacia la costa; ¿y quién le ha dicho, que no la haria tambien ahora, si se predicara con el espíritu con que predicaron los apóstoles? Replicará que aquellos eran otros tiempos, y que los nuestros son muy diferentes que aquellos; ¿qué quiere decir en eso, padre mio? Si quiere decir que los apóstoles predicaron á una gente idiota, bárbara, inculta, ignorante, que se convencía de cualquiera cosa, y en cualquiera manera que se la propusiesen, acreditará que está más versado en leer libros de conzeptillos, que llaman predicables, y yo llamo intolerables y contentibfes, que en la historia eclesiástica y profana; sabe, que nunca estuvo el mundo más cultivado, que cuando Dios envió sus apóstoles á él; ignora, que aún duraban y duraron por algun tiem-

«po las preciosas reliquias del dorado siglo de Augusto, dentro del cual nació Cristo, y en el cual florecieron más que en otro alguno todas las artes y ciencias, especialmente la oratoria, la poesía, la filosofía y la historia? Nuestro siglo presume, con razon ó sin ella, de más cultivado que otro alguno, y no se puede negar; en algunas determinadas facultades y artes se han hecho descubrimientos que ignoraron los que le precedieron. Con todo eso, en aquellas que cultivaron los antiguos, no se ha decidido hasta ahora entre los críticos la famosa cuestion sobre la preferencia de estos á los modernos; y sepa el padre predicador, que aunque las razones que se alegan por unos y por otros son de mucho peso; pero el número de votos, que están por los primeros, hace incomparables excesos al que cuentan los segundos. Vea ahora si eran ignorantes, bárbaros é incultos aquellos á quienes predicaron y convirtieron los apóstoles, cuando se disputa con grandes fundamentos, si nos excedieron en comprehension, en ingenio, en buen gusto y en cultura.

5. «Responderá, que aún por eso mismo los apóstoles no convertian más que á la gente popular, idiota y del vulgacho. Otra alucinacion, que nace del mismo principio; no me hará merced el padre predicador de decirme, si era idiota, popular y del vulgacho Cornelio el Centurion; si el Eunuco de la reina Candace era tambien del vulgacho y popular; si era idiota San Dionisio Areopagita, si era un pobre ignorante San Justino mártir; si San Clemente Alejandrino fué idiota; si era popular y del vulgacho San Lino, y sus padres Herculano y Clau-

« dia, ámbos de las familias más ilustres de Toscana;
 « si tantos reyes, tantos príncipes y tantos magistra-
 « dos, como convirtieron los apóstoles en sus respec-
 « tivas provincias, eran del vulgacho y populares?
 « Un predicador, que siquiera se tomase el corto y
 « necesario trabajo de leer las vidas de los Santos de
 « quienes predica, no incurriría en semejante pobre-
 « za; pero ¿cómo no ha de incurrir en esta y en más
 « crasas ignorancias, cuando muchas veces, quien
 « tiene ménos noticia del Santo á que se predica es
 « el mismo predicador, haciendo vanidad de tomar
 « asuntos tan abstraídos, que un mismo sermón se
 « pueda predicar á San Liborio, á San Roque, á San
 « Cosme y San Damian, á la Virgen de las Angustias,
 « y en caso necesario á las benditas Animas del Pur-
 « gatorio?

6. « Pero si acaso quiere decir el padre predica-
 « dor, que aquellos primeros tiempos de la Iglesia,
 « aunque no eran ménos instruidos, eran ménos es-
 « tragados que los nuestros, y consiguientemente no
 « era tan dificultoso reducirlos á la verdad del Evan-
 « gelio con razones claras, naturales, desnudas y sen-
 « cillas, dirá otra necedad, que en conciencia no se
 « le puede perdonar; ¿con que eran ménos estragados
 « que los nuestros, unos tiempos en que los vicios
 « eran adorados como virtudes, y las virtudes abor-
 « recidas como vicios; unos tiempos en que la incon-
 « tinencia recibía incienso en Citherea, la embriaguez,
 « adoraciones en Baco, el latrocinio sacrificios en Mer-
 « curio; unos tiempos en que se adoraba á Júpiter
 « estrupador, á Vénus incestuosa, á Hércules usurpa-
 « dor y á Caco ratero; unos tiempos en que la vanidad

« se llamaba grandeza de corazón, el orgullo eleva-
 « cion de espíritu, la soberbia magnanimidad, la
 « usurpacion heroísmo y al contrario, la modestia, el
 « encogimiento, la moderacion y el retiro se trataban
 « como bajeza de ánimo, como apocamiento, no solo
 « inútil, sino pernicioso á la sociedad?

7. « Mas no quiero estrecharle tanto: no quiero
 « hacer cotejo de nuestro siglo, con el primer siglo
 « de la Iglesia; conténtome con hacer la comparacion
 « entre nuestros tiempos, y aquellos en que florecie-
 « ron los Páduas, los Ferreres, los Tomases de Vi-
 « llanueva. Dígame, ¿hay mucha diferencia entre
 « nuestras costumbres y las de aquellos tiempos? Si
 « sabe algo de historia, precisamente responderá, que
 « si hay alguna diversidad, es en los trajes, en las
 « modas, en la mayor perfeccion de las lenguas, y en
 « algunos usos puramente accidentales y exteriores;
 « que en lo demás, reinaban entónces como ahora
 « las mismas costumbres, las mismas pasiones, las
 « mismas inclinaciones, los mismos vicios, los mis-
 « mos desórdenes, solo que estos eran más frecuen-
 « tes, más públicos y más escandalosos en aquellos
 « tiempos que en estos. Con todo eso, ¿qué conver-
 « siones tan portentosas y tan innumerables no hicie-
 « ron aquellos Santos en los suyos? ¿qué séquito no
 « tenían siempre, que predicaban, despoblándose las
 « ciudades, y aún las provincias enteras por oirlos,
 « y se predicaban á sí mismos? ¿No se proponían otro
 « fin en sus sermones, que el de captar aplausos,
 « granjear admiraciones, ganar dinero y meter ruido
 « en el mundo? Metíanle y grande; pero ¿era esto lo
 « que ellos intentaban, y conseguíanlo por unos me-

« dios tan impropios, tan indecentes, tan indignos y
« aún estoy por decir tan sacrílegos?

8. « Paréceme, que estoy ya oyendo lo que me
« dirá interiormente el padre predicador: lo que veo
« es que yo lo consigo por los que uso, que también
« meto ruido, que me siguen, que me aplauden y que
« me admiran lindamente; y de ahí, qué se infiere;
« que predica bien; que sabe siquiera lo que se pre-
« dica; ¡oh que mala consecuencia! Mete ruido; tam-
« bien le mete una farsa, cuando entra en un lugar.
« Síguelo, también se sigue á un charlatan, á un tru-
« han, á un titiritero, á un arlequin, cuando hacen
« sus habilidades en un pueblo. Apláudelo; pero
« ¿quiénes? los que oyen como oráculo á un infeliz za-
« pafero, y los que celebran á un predicador, como
« pudieran á un representante. Admíranse al oírle;
« ¿pero de qué? los necios y los aturdidos de su osadía
« y de sus gesticulaciones, los cuerdos y los inteli-
« gentes de su satisfacción y de su falta de juicio.

9. « Ora bien, padre predicador: ¿quién le ha
« dicho, que los aplausos y las admiraciones de la
« muchedumbre, son hijas de los aciertos? Frecuen-
« tísimamente, por no decir las más veces, son hijas
« de la ignorancia. El vulgo, por lo común, aplaude
« lo que no entiende; y sepa, que en todas las clases
« de la República hay mucho vulgo. Ya habrá leído ú
« oído lo de aquel famoso orador, que rengado en
« preferencia de todo el pueblo, y oyendo hácia la
« mitad de la oración, una especie de alegre murmu-
« rio de la multitud, que le sonó á aclamación, se
« volvió á un amigo suyo que estaba cerca, y le pre-
« guntó sobresaltado; *¿He dicho algún disparate?*

« porque este aplauso popular, no puede nacer de otro
« principio. Aún el mismo Ciceron, que no escupía
« los aplausos, desconfiaba de ellos si eran muy fre-
« cuentes, pareciéndole que no siendo posible mere-
« cerlos siempre, necesariamente había de tener en
« ellos mucha parte la adulación ó la ignorancia: *No
« gusto oír muchas veces en mis oraciones; ¡qué cosa
« tan buena! ¡no se puede decir mejor! Bellè et præ-
« clarè nimium, sæpè, nolo.*

10. « Aún más equívocas son las admiraciones,
« que los elogios; estos nunca debieran dirigirse sino
« á lo bueno y á lo sólido; aquellas pueden sin salir
« de su esfera limitarse precisamente á lo singular y
« á lo nuevo; porque la admiración no tiene por ob-
« jeto lo bueno sino lo raro. Y así, dice discretamente
« un jesuita francés muy al caso en que nos
« hallamos, que *puede suceder y sucede con frecuencia
« una especie de paradoja en los sermones; esta es,
« que el auditorio tiene razón para admirar ciertos
« trozos del discurso, que se oponen al juicio y á la
« razón; y de aquí nace, que muy frecuentemente se
« condena poco después lo mismo que á primera vista
« se había admirado; ¿cuántas veces lo pudo haber
« notado el padre predicador? Están los oyentes escu-
« chando un sermón con la boca abierta, embele-
« sados con la presencia del predicador, con el garbo
« de las acciones, con lo sonoro de la voz, con la que
« llaman elevación del estilo, con el cortadillo de las
« cláusulas, con la viveza de las expresiones, con lo
« bien sentido de los afectos, con la agudeza de los
« reparos, con el aparente desenredo de las solucio-
« nes con la falsa brillantez de los pensamientos.*

«Mientras dura el sermón no se atreven á escupir ni
 «aún apenas á respirar, por no perder ni una sílaba.
 «Acabada la oración, todo es cabezadas, todo mur-
 «muros, todo gestos y señas de admiraciones. ¡Al
 «salir de la iglesia, todo es corrillos, todo pelotones
 «y en ellos todo elogios, todo encarecimientos, todo
 «asombros; ¡hombre como este; pico más bello; in-
 «genio más agudo!

11. «Pero ¿qué sucede? Algunos hombres inte-
 «ligentes, maduros, de buena crítica y de juicio
 «claro, que oyeron el sermón, y no se dejaron des-
 «lumbrar, no pudiendo sufrir que se aplauda lo que
 «debiera abominarse, sueltan ya esta, ya aquella es-
 «pecie contra todas las partes de que se compuso el
 «sermón, y hacen ver con evidencia, que todo él fué
 «un tejido de impropiedades, de ignorancias, de
 «sandeces, de pobreza y cuando ménos de futi-
 «lidades. Demuestran con toda claridad, que el es-
 «tilo no era elevado, sino hinchado, campanudo,
 «ventoso y de pura hojarasca; que las cláusulas cor-
 «tadas y cadenciosas son tan contrarias á la buena
 «prosa, como las llenas y las numerosas, pero sin
 «determinada medida, lo son al buen verso; que este
 «género de estilo causa risa, ó por mejor decir, asco
 «á los que saben hablar y escribir; que las expre-
 «siones, que se llaman vivas, no eran sino de ruido y
 «de boato; que aquel modo de sentir y de expresar
 «los afectos, mas era cómico y teatral, que oratorio,
 «loable en las tablas, pero insufrible en el púlpito;
 «que los reparos eran voluntarios, su agudeza una
 «fruslería, y la solución de ellos tan arbitraria, co-
 «mo sutil; que los pensamientos se reducían á unos

«dichicos de conversacion juvenil, á unos retrueca-
 «nos ó juguete de palabras, á unos conceptos poéti-
 «cos, sin meollo ni jugo y sin solidez; que en todo
 «el sermón no se descubrió ni pizca de tal oratoria,
 «pues no había en él ni asomo de un discurso metó-
 «dico y seguido; nada de enlace, nada de conexión,
 «nada de raciocinio, nada de moción: en fin, una
 «escoba desatada, conceptillos esparcidos, pensa-
 «mentuelos esparramados por aquí y por allí, y aca-
 «bóse. Con que todo bien considerado no había que
 «aplaudir ni que admirar en nuestro predicador, sino
 «su voz, su manoteo, su presunción y su reverendí-
 «simo *coram vobis*. Los que oyen discurrir así á estos
 «hombres perspicaces, penetrativos y bien actuados
 «en la materia, vuelven de su alucinación, conocen
 «su engaño, y el predicador que por la mañana era
 «admirado, ya por la tarde es tenido por pieza; los
 «compasivos le miran con lástima, y los duros con
 «desprecio.

12. «No quiero más prueba de esta verdad, que
 «los sermones mismos del padre predicador; cuanto
 «se celebró, y cuanto se admiró aquella famosa en-
 «tradilla del sermón de la Santísima Trinidad: *Niego*
 «*que Dios sea Uno en Esencia y Trino en personas;*
 «cuánto se admiró y cuánto se ponderó la otra del
 «sermón de la Anunciación: *A la salud de ustedes,*
 «*caballeros;* qué elogios no se oyeron de una y otra
 «al acabarse las funciones; pero ¿cuánto duraron
 «estas admiraciones y estos aplausos? El tiempo que
 «tardó un hombre celoso, caritativo y prudente en
 «abrir los ojos á los oyentes, para que conociesen,
 «que la primera proposición había sido una grandí-

«sima herejía, y la segunda una grandísima borra-
 «chera; y cuando ménos, añadida la explicacion
 «de la una y de la otra, ambas habian quedado
 «en dos grandes insulseces. Porque la primera se
 «redujo á decir, que muchos herejes habian ne-
 «gado el misterio de la Santísima Trinidad; ¡miren
 «qué noticia tan exquisita! Y la segunda, estrujada
 «su substancia, no vino á decir más, que Cristo ó el
 «Verbo Divino habia encarnado por la salud de los hom-
 «bres; ¡miren qué pensamiento tan delicado! Luego
 «que sus oyentes cayeron en la cuenta, quedaron
 «corridos de lo mismo que habian admirado poco
 «ántes; y sé muy bien, que en las mismas tardes de
 «la Trinidad y de la Anunciacion, se lo dieron á en-
 «tender al padre predicador, si él hubiera querido
 «percibirlo. Porque yendo á visitar á sus penitentas,
 «como lo acostumbra los dias que predica, para re-
 «coger los aplausos de los estrados, cierta señorita
 «le dijo el dia de la Trinidad: *¡Jesús padre predica-*
 «*dor! Dios se lo perdone á V., el susto que me dió*
 «*con el principio de su sermón; porque cierto temí,*
 «*que el comisario del Santo Oficio le mandase callar,*
 «*y que desde el púlpito le llevase á la inquisición.* Y
 «tambien sé que otra le dijo la tarde de la Anuncia-
 «cion: *Cuando V. comenzó el sermón esta mañana,*
 «*creí que estaba dormida y que soñaba, que en lugar*
 «*de llevarme á la iglesia, me habian llevado á la*
 «*taberna.* Ambas fueron dos pullas muy delicadas y
 «bien merecidas; pero como el padre predicador
 «todo lo convierte en substancia, túvolas por chiste
 «y le entraron en provecho.

13. «Estos son, padre mio, los aplausos que lo-

«gra, aún de aquellas personas que no tienen más
 «luces, que las de un sindéresis natural bien puesto:
 «burlarse de él, y estimarle en lo que vale. Las que
 «están más cultivadas, las que tienen alguna tintura
 «del buen gusto, y sobre todo, aquellas que no mi-
 «ran con indiferencia un ministerio tan sério y tan
 «sagrado de la Religion, no le puedo ponderar el
 «dolor que las causa verle tan profanado en su boca,
 «y la compasion con que miran tan infelizmente ma-
 «logrados unos talentos, que si los manejara como
 «debe, serian utilísimos para el bien de las almas,
 «para la gloria de Dios, para mucha honra de nues-
 «tra sagrada órden, y para más sólida y más ver-
 «dadera estimacion del padre predicador. No puede
 «dudar este la especial inclinacion que siempre le
 «he manifestado, desde que fué mi novicio, las
 «pesadumbres de que le libré cuando fuí prelado
 «suyo, la estimacion que hice de sus prendas siendo
 «su provincial, pues yo fuí quien le colocó en el
 «candelero, encargándole uno de los púlpitos más
 «apetecidos de la provincia. Ya se acordará de la
 «carta paternal que con esta ocasion le escribí, re-
 «comendándole mucho, que desempeñase mi con-
 «fianza, que no diese ocasion, para que me insul-
 «tasen, los que censuraron esta eleccion, sin duda
 «porque le conocian mejor que yo; que predicase
 «á Jesu-cristo Crucificado, y no se predicase á sí
 «mismo ó á lo ménos, que predicase con juicio y
 «con piedad, ya que no tuviese espíritu para hacerlo
 «con celo y con fervor. Protéstole, que uno de los
 «mayores remordimientos, que tengo de los muchos
 «desaciertos que cometí en mi provincialato (aun-

« que pongo á Dios por testigo, que todos con buena
 « intencion), es el de haber hecho predicador al pa-
 « dre Fray Blas, fiando la conversion de las almas
 « á quien en nada ménos piensa, que en convertir-
 « las, y á quien muestra tener la suya no poco nece-
 « sitada de conversion. Dile á conocer en el mundo,
 « cuando estaria mejor en el retiro del claustro y en
 « la soledad del coro. Púsele en ocasion de que los
 « aplausos de los nécios le engreyesen y la vanidad
 « le precipitase. Conózcolo, llórolo; pero ya no lo
 « puedo remediar, pues veo con imponderable dolor
 « mio, que aún dentro de la Religion no faltan fomen-
 « tadores de su vanidad, elogiadores y panegiristas
 « de sus locuras, unos porque no alcanzan más,
 « otros por adulacion; algunos pocos por interés, y
 « la mayor parte porque se deja llevar de la còrrien-
 « te, y no tiene más regla que el grito de la muche-
 « dumbre.

14. « Entre estos últimos cuento á esa pobre ju-
 « ventud, compuesta de colegiales, filósofos y teólo-
 « gos, que se cria en este convento, y á quien es
 « indecible el daño, que hace con su mal ejemplo el
 « pobre predicador. Venle aplaudido, celebrado, bus-
 « cado, regalado y sobrado de religiosas convenien-
 « cias: oyen al mismo padre predicador hacer osten-
 « tacion pueril de ellas, alabarse de lo mucho que
 « le fructifica la semilla del *Verbum Dei*; ponderar la
 « utilidad y la estimacion de su carrera, haciendo
 « chunga y chacota de la de los lectores y maestros
 « de la órden, á quienes trata de pelones, pobretes,
 « mendigos, pordioseros y camaleones, que se sus-
 « tentan del aire de los ergos, y que tienen las nave-

« tas tan vacias de chocolate, como los cascos llenos
 « de cuestiones impertinentes. ¿Qué sucede? Que co-
 « bran horror al estudio escolástico, tan necesario
 « para la inteligencia de los misterios y de los dog-
 « mas, y para no decir de unos y de otros, tantos
 « disparates como dice el padre predicador: dedícanse
 « á leer libros de sermonarios inútiles y disparata-
 « dos, ó á trasladar sermones tan ridículos, tan in-
 « substanciales y aún tan perniciosos, como los del
 « padre Fray Blas: tómanle á él mismo por modelo,
 « remedándole hasta las acciones y los movimientos,
 « sin advertir que los que parecen bien, cuando son
 « naturales, se hacen risibles y despreciables en el
 « remedo. Críanse con esta leche, y salen despues á
 « ser la diversion del vulgo, la admiracion de los ig-
 « norantes, la risa de los discretos, el dolor de los
 « piadosos, el descrédito de la órden, y tal vez su
 « azote y su tormento.

15. « Viéndolo estamos todos en ese pobre, sim-
 « ple y atolondrado de Fray Gerundio. Su sencillez
 « por una parte, y el padre predicador por otra, am-
 « bos concurren á echarle á perder á tiros largos.
 « Aunque no le faltan talentos, para que con el tiem-
 « po saliese hombre de provecho, viendo estoy que
 « nos ha de sonrojar, y que nos ha de dar que pade-
 « cer. No hay forma de estudiar una conferencia, de
 « dedicarse á entender una cuestion, y mira con hor-
 « ror al estudio escolástico, gastando el tiempo en leer
 « sermones impresos, y en trasladar los manuscritos
 « del padre Fray Blas. Y esto ¿por qué? porque me
 « dicen que no sale de su celda, que tiene en ella
 « letra abierta para desayunarse, para merendar y

« para perder tiempo, que el padre predicador le va
 « imbuyendo en todas sus máximas, hasta pegarle
 « tambien sus afectos y desafectos, no solo con per-
 « juicio de su buena educacion, sino en grave detri-
 « mento de la caridad y de la union fraternal y reli-
 « giosa.

16. « Por tanto, padre mio, si el amor de nuestra
 « Madre la Religion le debe algo, si tiene algun celo
 « por la salvacion de las almas, que Jesu-cristo redi-
 « mió con su preciosa Sangre, si su misma estima-
 « cion sólida y verdadera le merece algun cariño,
 « ruégole por la misma preciosísima Sangre de Jesús,
 « que mude de conducta: sea más noble, más cris-
 « tiano y más religioso el fin de sus sermones, y será
 « muy otra su disposicion: predique á Cristo Crucifi-
 « cado, y no se predique á sí mismo, y á buen seguro,
 « que no pondrá tanto cuidado en el afectado aliño
 « de su persona: no busque otro interés, que el de
 « las almas, *da mihi animas; cætera tolle tibi*; y yo
 « le fio, que predicará de otra manera: no solicite
 « aplausos, sino conversiones; y tenga por cierto, que
 « no solo logrará las conversiones que desea, sino los
 « aplausos que no solicita, y estos de orden muy su-
 « perior al aura popular y vana que ahora le arrebató
 « tanto. Sobre todo le encargo, le ruego, le suplico,
 « que cuando no haga caso de lo que le digo, y se
 « obstine en seguir el errado rumbo que ha comen-
 « zado, á lo ménos no dogmatice, no haga escuela
 « tan perniciosa, no quiera imitar aquel dragon, que
 « con la cola arrastró tras de sí la tercera parte de
 « las estrellas. Estremézcale aquel *Væ* tan espantoso
 « contra los que escandalizan á los pequenuelos. Y

« no trate de vejez, de impertinencia, de prolijidad
 « y de mala condicion de los muchos años ésta pater-
 « nal, caritativa y reservada advertencia que le hago,
 « sino mírela como la mayor prueba del verdadero
 « amor que le profeso.»